

no, y corren á las aguas para refrigerarse, así también los solitarios, siendo frecuentemente tentados durante la semana por la malicia del demonio, van el domingo á la iglesia para recibir el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que les consuela en las amargas penas que los demonios se esfuerzan en causarles con las diferentes tentaciones con que les atormentan.

Decía finalmente que á la manera que un hombre que quiere edificar una casa reúne los diferentes materiales que necesita, el religioso que quiere levantar el edificio de su perfección, debe también tomar alguna cosa de cada virtud.

---

#### SAN BESSARION Y DULAS SU DISCIPULO <sup>1</sup>.

Los Griegos en sus *Ménées* dicen de San Bessarion ó Bisarion que era Egipcio, que fué instruido desde su juventud en las sagradas Letras y que el Señor le favoreció con su divina luz; que su amor a Jesucristo recibió con la edad acrecentamientos en su corazón; que conservó la inocencia de su bautismo, y que se retiró temprano á la soledad combatiendo en ella espiritualmente como sino tuviese cuerpo, despreciando este cuerpo que debía ser un día pasto de los gusanos, y sometiendo de esta manera la parte inferior de sí mismo á la superior, lo cual le atrajo por parte de Dios poderosos auxilios y una particular protección.

La vida de este hombre de Dios justifica este elogio. Se-

<sup>1</sup> Paladio, Cotelier, Tillemont.

gun el testimonio de sus discípulos, podía compararse su vida á la de las aves, ó peces, ó á la de los animales terrestres por el desapego que practicaba. No quería tener casa ni posesión ni morada fija; renunciaba á todas las vanas satisfacciones de los sentidos, hasta se privaba de la que puede hallarse en hacer acopio de libros para contentar con su lectura la curiosidad del espíritu; privábase también de todos los placeres conduciéndose únicamente por la fé viva que le hacía comprender la vanidad de las cosas de este mundo y poner todo su consuelo en la esperanza de los bienes eternos.

Basado en este principio de una fé perfecta y de una esperanza animada de la caridad, se miraba como un forastero detenido sobre la tierra en cautiverio; que andaba errante de un lado á otro, expuesto noche y día á las injurias del aire, sufriendo con una paciencia admirable la desnudez, el rigor del frío, los abrasados ardores del sol ya entre los principios, ya en las vastas llamas de arena, en donde nadie podía habitar.

Y si algunas veces dejaba aquellos lugares inhabitados para ir á aquellos en que moraban los otros solitarios, no entraba en los monasterios sino que se quedaba á la puerta suspirando, llorando y lanzando gritos como un hombre que después de haberlo perdido todo en un naufragio ha sido echado en tierra por las olas; y si entonces algún hermano oyendo sus lamentos salía para preguntarle la causa de ellos, y se ofrecía á darle los socorros que necesitaba, respondía que no podía resolverse á entrar en ninguna parte, hasta que hubiese recobrado lo que había perdido, porque, decía él, yo he caído en manos de los piratas, yo he sufrido un funesto naufragio, yo he decaído de mi rango, y he sido degradado de la nobleza en la que había nacido.

Él quería hablar del estado de inocencia que nosotros perdimos por el pecado de Adán; pero el hermano á quien

hablaba de esta manera no hacia esta reflexion. Si sucedia, añadian sus discipulos, que aquel á quien se quejaba de su desgracia, siendo conmovido por ella y no pudiendo obligarle á entrar en el monasterio, entraba él mismo en él y le traía un pedazo de pan que acompañaba con alguna palabra de consuelo, no lo aceptaba, sino continuando en deplorar sus pérdidas, asegurando que ellas le procurarian mayores males todavia, que tendria que sufrir todos los dias de su vida y diciendo que su recurso era pasarla en lagrimas, errando continuamente como un hombre que ni tiene bienes, ni lugar en que pueda morar.

Esta conducta y estos sentimientos parecerán extraordinarios á alguno que solo tenga una fé superficial, y esté poco penetrado de la vanidad de las cosas de este mundo, de las funestas consecuencias que la caída del primer padre tuvo en nosotros, de los bienes inefables de la eternidad que todos los dias corremos peligros de perder, y de las llamas eternas encendidas por la justicia de Dios para castigar el crimen. Pero un santo, esclarecido [de lo alto con una luz poco comun, que concebía las pérdidas que hemos hecho con el pecado original, y los peligros que corremos al pecar, como frecuentemente hacemos ; un santo que veía en esta luz celestial la grandeza de los bienes del cielo que corremos riesgo de perder, y los horribles tormentos del infierno en los que con tanta facilidad podemos caer, gemía, suspiraba derramaba lágrimas, y se quejaba amargamente de nuestra miseria. Nosotros no podemos menos de admirar esta celestial sabiduria que le descubria aquellas grandes verdades con tanta claridad, que se las hacia sentir con tanta fuerza, y que le llevaba á aquel desapego de la vida, á aquella tan austera penitencia, á aquellas tan abundantes lágrimas, y á aquel soberano desprecio de las cosas de este mundo y de él mismo con tal que llegase felizmente al puerto de la eternidad.

Despues de esto no hay que admirarse de que la penitencia que emprendió fué tan grande. El espíritu de Dios que levantaba su corazon á tan heroicos sentimientos de desapego, á medida que ilustraba su espíritu con sus celestiales luces, no le inducia menos á las más grandes austeridades.

En efecto, pasó cuarenta dias con cuarenta noches consecutivas de pié y sin dormir entre las espinas, y estuvo tambien cuarenta años sin dormir reclinado, no haciéndolo sino sentado ó de pié. Pero lo que prueba que en esto no obraba sino por el espíritu de Dios, es que por otra parte su vida estaba exenta de defectos, como dice Paladio, que aun cuando hubiera sido un angel del cielo, no hubiera vivido sobre la tierra con una mayor perfeccion. La discrecion de sus consejos muestra tambien que su sabiduria no le podía venir sino de Dios. Porque habiéndole preguntado un hermano que vivia en comunidad qué conducta debia seguir, le dijo que se aplicase mucho á guardar silencio, y que no se regulase por lo que hacian los principales padres ; queriendo sin duda darle á entender, que Dios no pedia á todos las mismas austeridades ni la misma conducta.

Animados siempre del mismo espíritu llevaba su caridad para con el prójimo al mismo grado de heroismo, que su desapego de las cosas de la tierra. Todos sus bienes consistian en un una túnica, una pequeña capa, y un libro de los evangelios que llevaba ordinariamente debajo del brazo, ya para conocer por ahí, dice Paladio, si obedecia fielmente á la voz de Dios, ya porque quisiese tener siempre consigo la regla que se proponia cumplir continuamente. Sucedió pues que habiendo entrado en una poblacion, halló en medio de la plaza el cuerpo muerto de un pobre que estaba desnudo y al instante se quitó su pequeña capa y le cubrió con ella. Habiendo ido luego más adelante, y habiendo encontrado un pobre que estaba tambien sin vestido, púsose á deliberar

en su espíritu sobre lo que debía hacer, porque, decia él, ¿ cómo, habiendo renunciado al mundo, quedaria yo vestido con mi ropa, mientras mi hermano perece de frio ? ¿ No tendria yo que echarme en cara su muerte si le dejase sin socorro ? Pero si yo me desnudo de mis vestidos para darle solamente la mitad, ni él ni yo podremos aprovecharnos de ellos puesto que una mitad ni nos basta á uno ni á otro. Y por otra parte ¿ qué mal puede provenirme si en el ejercicio de la caridad voy más allá de lo que Dios me manda ?

Así hablaba en su interior ; y al mismo tiempo, apretado por su caridad, llamó con alegría á este pobre debajo de un pórtico, desnudóse la tunica que le quedaba para ponérsela á él, y se quedó así desnudo. Sentóse, cubriéndose con las manos y cruzando las piernas, no teniendo más que el libro del evangelio, cuya celestial palabra enriquece á los que la practican.

La providencia de aquel del cual procede esta divina palabra, hizo que el intendente de la justicia acertase á pasar por allá, le reconociese, y preguntase á uno de los que le acompañaban si era aquel el buen padre Bessarion. Respondióle que sí ; y al instante saltando del caballo le dijo : « ¿ Quién pues os ha desnudado así, padre mio ? » Este, le replico el santo, mostrándole el santo evangelio. El oficial le echó su capa sobre las espaldas, y el siervo de Jesucristo temiendo que le diese alabanzas por la accion que habia hecho, alejóse al instante de él no queriendo otra recompensa que la que Dios reserva á las obras hechas por su gloria.

Habiendo todavia encontrado en su camino un pobre, no quiso dejarle sin darle lo que le quedaba, esto es, el libro del evangelio. Corrió á la plaza en donde lo vendió, y del precio que de él sacó hizo la caridad al pobre.

Pocos dias despues el abad Dulas que entonces era disci-

pulo suyo le preguntó qué habia hecho de este libro ; y el santo le respondió con rostro sonriente : No os quejareis, hermano mio, puesto que lo he vendido para tener más confianza de obtener la gloria del cielo y para obedecer á las palabras de Jesucristo que en este libro me dice sin cesar : « *Vended lo que teneis y dadlo á los pobres.* »

Paladio, que refiere lo que acabamos de decir, añade que él hizo muchas otras limosnas que probaban en él una gran virtud. Podemos poner en el número de sus admirables acciones, los prodigios que de él se cuentan y de los que su discípulo Dulas fué testigo ocular. He ahí cómo él lo contaba : « Andando un dia á lo largo del mar, sentime tan apretado por la sed, que me ví obligado á decirle : » Padre mio, yo no puedo aguantar más la sed. » Él púsose en oracion, despues de lo cual me dijo . « Bebed del agua del mar. » Hícelo, y hallé que estaba convertida en agua dulce. Tomé tambien de ella para llenar una botella, y habiéndose él apercebido de esto preguntóme la causa. Yo le respondí : « Perdoadme, padre mio ; lo hago para beber en caso que volviese todavia á tener sed. » Pero él me dijo : « El Dios que está aqui está igualmente en todas partes. »

El santo, despues de haber estado muchos años expuesto continuamente á la intemperie, vióse finalmente obligado á tomar una celda. Su discípulo Dulas refiere tambien que habiendo ido junto á él le halló que oraba de pié con las manos levantadas hácia el cielo. Era esta una manera de orar muy usada entre los solitarios. « Así perseveró en esta posicion durante catorce dias, dice su discípulo, despues de lo cual me llamó y me dijo que le siguiese. Fuímonos por el desierto, en donde hallándome muy acosado por la sed se lo dije. Él se apartó de mí como un tiro de piedra ; y despues de haber hecho su oracion se me acercó de nuevo trayéndome su piel de cabra llena de agua. Proseguimos nuestro camino y pasamos por delante de una cueva, en la

que hallamos un solitario sentado que estaba haciendo una estera. Él no levantó los ojos para mirarnos, ni nos saludó, ni nos dijo siquiera una palabra; lo cual viendo el abad Bessarion, me dijo: «Vámonos; este hermano no gusta de que nosotros estemos aquí, ó Dios no le ha inspirado que entre en conversacion con nosotros. Emprendimos pues de nuevo nuestro viaje, y fumos a encontrar al abad Juan, que moraba cerca de Lique.» (Este es San Juan de Latópolis que fué tan celebre por el don con que Dios le habia favorecido).

« Cuando hubimos llegado allí le saludamos é hicimos la oracion; (Vit PP. 15, lib. 12 § 3) despues de lo cual habiéndose sentado los dos abades, conversaron juntos de una vision que habian tenido, y á este propósito el abad Bessarion dijo: «Está decretado que los templos de los ídolos sean destruidos.» En efecto, fueron demolidos en 389, lo cual hace ver que el santo florecia por aquel tiempo, y debia ser ya muy entrado edad.

« Al volver, prosiguió Dulas. (Cot. p. 405), volvimos á pasar delante de la cueva en la que habíamos encontrado al solitario del cual he hablado, y el abad Bessarion me dijo: «Entremos; veamos si aquel hermano está aquí y si Dios le ha inspirado que nos diga alguna palabra de edificacion. Entramos y hallamos que estaba muerto. Entonces me dijo: «Venid, hermano mio; demos sepultura á su cuerpo, pues seguramente que Dios nos ha enviado para esto.» Pero cuando quisimos acomodarlo para ponerlo en tierra, reconocimos que era una mujer. Entonces el abad exclamó: «Mirad cómo las mujeres combaten valerosamente contra los demonios en el desierto, mientras nosotros vivimos tan flojamente en las ciudades. «Dimos gloria al Señor, que se hace el protector de los que le aman y asi nos retiramos.»

El abad Dulas contaba tambien que habiendo el santo tenido necesidad de atravesar un rio llamado Chisoroas y no

habiendo en él bajel se puso en oracion y despues lo pasó á pié como si hubiera sido un camino trillado. Su discípulo se postró delante de él, y le suplicó que le dijese qué sentia en sus pies cuando andaba sobre el agua, y le respondió que sentia el agua hasta la clavija, y que debajo de ella era sólido.

Estas maravillas y muchas otras que obió hicieron que se le diese por los griegos el nombre de Taumaturgo; y los grandes hombres del desierto que vinieron despues de él le miraron como un hombre de prodigios. Porque un solitario llamado Elias, delante del cual se alababa la virtud del abad Agaton, dijo que era bueno para su tiempo, pero que entre los que eran más antiguos habia visto uno en Sceté que, como Josué, podia hacer detener el sol. Él se referia á San Bessarion, segun lo cuenta su discípulo Dulas. Este don tan eminente de hacer milagros no debilitaba en él los sentimientos de humildad de que estaba lleno. Para obtener de él algun prodigio que resplandeciese delante de los demás, era necesario sorprenderle; porque su modestia se hubiese alarmado si se le hubiera pedido alguno. De esta estratagema se valieron en la iglesia de Sceté para librar á un seglar poseido del espíritu maligno. Había sido llevado allí, á fin de obtener su libertad por las oraciones de los hermanos; pero Dios no había creído á propósito escucharlas. Reservaba esto á la oracion del santo y él mismo inspiró á los eclesiásticos que servian en la iglesia que se lo propusieran. ¿Qué haremos, decían entre sí? Nadie probablemente es capaz de echar el demonio del cuerpo de este hombre sino el abad Bessarion. Pero si se lo pedimos, ni siquiera querrá venir á la Iglesia? Lo mejor es esperar á que venga á ella como que viene á la misma todos los días muy de mañana y antes que todos los demás, haremos sentar al poseso en su lugar como si durmiese, y cuando él entre, nos levantaremos para orar

y le diremos que despierte al poseso. Todo se ejecutó según este plan. Apenas hubo entrado San Bessarion pusiéronse en actitud de hacer la oracion y uno de los clérigos le dijo : « Padre mio, despertad á ese hermano que duerme. El santo dijo pues al poseso : « Levantaos y marchaos ; » y á esta sola palabra el demonio le dejó y él se encontró libre.

Este inocente artificio salió bien de la misma manera en favor de un niño paralítico. Su padre le puso á la puerta de la celda del Santo y se fué. El niño se echo á llorar y habiéndole oido el Santo salio de su celda ; é ignorando su mal dijole que se fuese en busca de su padre, lo cual hizo al instante. La misma maravilla se cuenta de San Macario.

Su humildad resplandecio tambien mucho en aquella caridad por la cual tanta compasion tenia de las faltas de sus hermanos en la conviccion en que estaba de que no era menos debil que ellos. A proposito de lo cual se cuenta que habiendose echo un solitario culpable de una falta por la cual el sacerdote de Sceté le habia querido separar de los otros y echar de la iglesia, apenas le dijo que saliese de ella el santo se levanto y salio con el diciendole : « Yo soy tambien un pecador. »

San Bessarion tuvo entre otros discipulos como hémos visto, al abad Dulas que ocupó un rango distuigindo entre los padres del desierto. Recomendaba principalmente la abstinencia y la paz del alma como poderosos soccorros de los enemigos la salvacion. Decia tambien que era necesario cercenar del corazon las afecciones inutiles porque son una fuente de tentaciones para el espiritu y turban el reposo del alma.

---

### EL VENERABLE JUAN EL NAIN<sup>1</sup>.

Cuando el gran San Arsenio se presentó á la iglesia de los solitarios de Sceté para ser recibido entre ellos, según diremos muy pronto, no se encontró en aquel desierto á nadie más capaz de formarle en los deberes de la vida monastica que el venerable Juan el Nain á causa de la pequeñez de su cuerpo. Por ahí, parecia en qué estima era tenido entre los religiosos, lo cual habia adquirido tanto por lo profundo de su humildad y por su recojimiento interior cuanto por la esperiencia que se habia hecho de su discernimiento en las cosas espirituales. No se nos ha dicho cuál era su condicion y su patria. Solo sabemos que tenia un hermano de más edad que él con el cual se fué al desierto. Presentáronse juntos á un anciano de la Tebaida, y que habia fijado su morada en Sceté. Era un hombre severo, y la disciplina que hacia observar á sus discipulos era muy rigurosa.

Exigia por primera disposicion de los que iban á su monasterio que renunciassen á su voluntad y solo bajo esta condicion eran recibidos en él. No dejó pues de preguntarles sobre este punto esencial ; y bajo la promesa que le hicieron de someterse ciegamente á todo cuanto les prescribiese, se encargó de su conducta. Las pruebas siguieron de cerca esta primera leccion. Tomando el anciano un palo seco desde hacia ya mucho tiempo, que encontró á mano, plantólo en la tierra y ordenó á Juan el Nain que lo regase todos los dias hasta que produjera frutos. La órden era tanto más

<sup>1</sup> Sulpicio Severo, San Nilo. Los Bolandistas, Bulteau, Coteleir.